
navegando ideas

1 Mareas

2 Mi brújula

4 Carta a mi educación

7 Nos fuimos volando a Papantla

# CONTENIDO

# M A R E A S

**No sé a dónde voy, pero sí sé que ya no quiero quedarme quieta en un lugar donde mi voz no cabe.** Esta es mi brújula: un texto que me hice a mí misma cuando ya no quería seguir haciendo contenido sin sentido, cuando me cansé de escribir para vender, de diseñar sin emoción, de sentir que lo que sé hacer no tiene un lugar en el mundo.

Escribo cartas, cuentos, columnas, instrucciones, notas al margen, poemas que no riman, y a veces solo garabatos que necesitan salir. **Escribo porque sí.** Porque si no lo hiciera me estancaría.

—M A R E A S— es mi manera de moverme, una forma de navegar lo que siento y lo que pienso sin tener que pedirle permiso a nada (ni a nadie).

A veces me contradigo. A veces me enojo. A veces escribo desde la ternura más tonta. A veces desde una rabia que no me cabe. Pero siempre escribo.

Si llegaste aquí, bienvenida.

Esto no es un blog, ni una *newsletter*, ni un diario, ni una revista. Es una brújula emocional hecha de palabras. **Y estoy aprendiendo a narrarla en voz alta.**

# Mi brújula

CDMX, 2025

Escribo para entender lo que pienso, lo que siento, lo que veo. Y para darle voz a lo que otros piensan, sienten o no pueden decir tan fácil.

**No me interesa ser una herramienta de venta.** Me interesa que mi voz sirva para lo que vale la pena decir: para hablar de justicia, de educación, de sustentabilidad, de cultura, de lo cotidiano que también importa.A lo largo del tiempo he escrito en muchos formatos —desde redes sociales y campañas hasta cartas, cuentos, boletines y páginas institucionales—, pero más que el qué, me importa el para qué.

He trabajado con proyectos que creen que el mundo puede cambiar y que se toman en serio lo que comunican. Me gusta colaborar con personas que entienden que lo humano va primero, y que una empresa también puede cuidar, construir, resistir.

Estoy enfocada en construir una vida laboral más coherente conmigo: más lenta, más real, más honesta. Y la comparto, palabra por palabra.

Porque el dinero no es la vida.
Pero qué lindo sería que nos pagaran por vivir, ¿no?



# Carta a mi educación

A la educación en México y a quien corresponda,

Tengo algunas preguntas sobre mi educación, y más que nada sobre la educación en Mexico (o lo que sé de ella y de lo que le falta). Me encuentro perdida sobre quién soy y , ahora, que me gusta viajar por México y conocer mi cultura y leer nuestra literatura me pregunto ¿que chingados me enseñaste sobre mi país, mi cultura, mis raíces? y ¿porqué crecí queriendo ser *gringa*, o creyendo que quería serlo?

Me enseñaste a portarme bien, no a ser mejor persona. A estudiar para exámenes, aunque todo se me olvidara al día siguiente. Me enseñaste a "machetearme" conceptos que no me daban sentido, pero nunca me enseñaste a hacer preguntas sin miedo a reprobar. Me dijiste que lo importante era "saber cómo funciona el mundo", pero nunca me  cómo funciona mi país. Me enseñaste lógica, pero ¿qué tiene de lógico que a mis 30 años apenas me entere que decir "huichol" está mal dicho y que se dice "wixárika"? ¿De qué me sirve saber tanto si nunca aprendí a escuchar a quienes no hablan como yo?

Desde chica me llenaste la cabeza de fechas, de batallas, de himnos que me aprendí sin sentir. Me hiciste sentir OBLIGADA a querer a mi país, a respetarlo, a "conocerlo", pero de verdad solo me hiciste sentir menos mexicana, menos atraída, menos interesada. Me agobiaba la idea de tener que saber dónde enterraron a Benito juarez para tener un diez, enseñaste que a Moctezuma lo engañó un español y que los mayas, los toltecas los totonacas y todos los indigenas eran culturas del pasado. Y cada día de clase sentí que deberían quedarse ahí. Yo, yo quería lo del futuro.

**Crecí creyendo que hablar una lengua indígena era de clase baja, y que eso no me serviría.**

¿Porqué nunca dijiste que lo que somos también es *emoción, cuerpo, tierra, música, lengua, comida, creencia, comunidad*? ¿Por qué nunca me hiciste amar a México?

Recuerdo bien que dijiste *el idioma del futuro no es el español*, la mejor tecnología está allá afuera, lo más divertido, lo más nuevo, lo más de moda, lo más esencial está ALLÁ. Pero.... y ¿aprender a entender y relacionarme con mi cultura?, mi cocina, mis raíces ¿eso es tarea de quién?.....si a mis papás les enseñaron igual que a mi.

Y mientras tú me enseñabas eso, Disney me enseñaba que las niñas podemos aspirar a ser princesas. Que el amor romántico era todo lo que importaba para ser feliz. Y que, como mujer, puedo ser quien quiera ser....pero *«que suerte que no naciste indígena»*.  Aprendí que lo bonito de la vida estaba de lejos. Y que lo

mágico hablaba en inglés.

Ahora, ya grande, me da pena no saber cómo se dice “gracias” en náhuatl, no sé ayudar a alguien que no habla español en mi propio país. Me da tristeza saber que conozco más de mitología griega que mitos mexicanos.  Y me duele admitir que todo esto me importa... hasta apenas hoy.

Me acuerdo que en prepa leí *Los hijos de la Malinche*, ese ensayo de Octavio Paz donde desarma la palabra ‘chingado’ como si fuera **la clave para entender México** y de pensar, *AMO MEXICO*, y su significados, y todo lo que hay detrás. Pero lo dejé pasar. Porque venían los Arctic Monkeys a GDL, y estaban de moda The Kooks y Franz Ferdinand. Recuerdo que empecé a leer literatura mexicana para sentirme culta, no porque realmente quisiera cultivarme. Y que entendí el realismo mágico porque me pareció a la versión *romcom* latinoamericana. Leí el ensayo de Octavio Paz y  en vez de querer saber más sobre nuestro lenguaje (y nuestra literatura), solo lo usé de excusa para en el futuro poder enseñarle groserías a los extranjeros que, obvio, iban a cruzarse en mi vida cuando, eventualmente, yo me fuera a vivir fuera, a estudiar fuera, a aprender fuera; y **allá afuera** yo les iba a enseñar *CÓMO CHINGADOS SE HABLA EN MÉXICO.*

**Por esto escribo Mareas.**
Porque si tú no me diste una brújula, yo voy a hacerme una.
Porque si tú no me diste lengua, tierra, contexto, ganas, yo voy a inventármelas. Y si tú no me enseñaste cómo cuidar este país desde el arte, la ternura, el lenguaje, la historia viva... yo lo voy a hacer a mi manera.

No escribo esto para corregirte. Lo hago para sobrevivirte. Porque no es sólo el *porqué no aprendí*, es el porqué me enseñaste a no querer aprender. Y no quiero que me aplaudas por haberlo descubierto (aunque haya sido tan tarde). Quiero que dejemos de repetir esta historia con cada nueva generación.

Atentamente,
Una niña que merecía saber de dónde venía antes de que le enseñaran a irse.

19/4/25

# Nos fuimos volando a Papantla.

Miguel siempre había querido conocer El Tajín. A mí no me urgía, pero el jueves por la noche me dijo: — ¿Te late si mañana nos vamos a Papantla y pasamos allá el puente? A las 11 de la mañana del viernes ya íbamos rumbo a un pueblo totonaca con dos cambios de ropa "para por si" y la esperanza de que el tráfico hubiera sido ayer.

No íbamos con expectativas ni con itinerario. Solo queríamos conocer las ruinas. Bueno, eso... y comer.

En el camino, nos preguntamos si el chilito Tajín venía de ahí. Resulta que no. Tajín — el chilito que le ponemos a la fruta — es de Jalisco y no tiene nada que ver con el sitio arqueológico. Además, el nombre Tajín no tiene nada que ver con chile, ni comida, ni sazón. Tajín significa "trueno" en totonaco. Así que sí, México pasó de nombrar sitios pirámides con nombres épicos a echárselo al pepino. Sin duda, nos hicimos más tragones.

Al llegar a Papantla, tomé mi copia de Lonely Planet (dato curioso de mi familia: siempre que podemos lo llevamos a todos lados) y me leí el capítulo completo del municipio. Ahí fue la primera vez que entendí qué significaba el ritual de los voladores. No me lo explicó un guía, ni un maestro. Me lo explicó Lonely Planet, un libro escrito por un extranjero.

**Los voladores representan los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. Cada uno baja desde el cielo para traer consigo el sol y la lluvia, para que fecunden la tierra. Y el quinto, el que se queda arriba tocando la flauta, canta para que eso ocurra.**

Un ritual que — como todo en México — tiene una razón de ser. Me encanta cuando las cosas parecen absurdas pero tienen lógica. Al leerlo, no solo me sentí turista de ruinas. Me sentí turista de mi propia cultura.





Cuando llegamos a Tajín, me pasó lo de siempre: mientras más conecto con lo "mexicano", más desconectada me siento.

**Sé cosas.**
**Pero no las siento mías.**
**Me duele más de lo que me gusta admitirlo, pero en México me siento turista.**

Y estaría bien si solo me pasara en Papantla. Pero me pasa hasta en mi ciudad. No nos enseñaron a amar y entender todo esto. Nos enseñaron solo a pasar un examen de dónde estaban los totonacas. Fin.

En el pueblo de Papantla comimos en tres lugares increíbles. Un restaurante con sazón auténtico totonaco, donde el mole era el más chocolatoso que he probado en mi vida y todos los postres llevaban vainilla. (Dato curioso: la vainilla "nació" en Papantla. Y sí, también tiene su propia leyenda mitológica tipo mitología griega. Pero mexicana.) Después fuimos a un restaurante más contemporáneo, donde nos ofrecieron tortillas con manteca y las especias del pipián. Algo que parecía tan "pobre" pero sabía riquísimo. Nos comimos como cinco. Y por último, como siempre, comimos en el mercado. Ahí probamos — y conocimos por primera vez — el zacahuil.



Miguel dice que sabe a pozole sin caldo, pero a mí me supo delicioso y, como me encanta buscar datos curiosos de lo que vamos conociendo (y porque me da pena preguntarle a los locales), tiene una historia rarísima de cómo se creó. Encontré una leyenda más épica que la caída de los voladores de Papantla. Tanto me gustó que le estoy escribiendo un texto aparte.

Para terminar el viaje, antes de sentarnos en el balconcito a tomar, subimos al mirador de Papantla, donde había una estatua gigante de un volador. Abajo de ella, un mural de piedra mostraba la escena clásica: los cuatro que giran, el poste, el ritual y el poema que lo explica todo... pero le faltaba el quinto, el músico de en medio.

Y no sé si fue adrede, o yo ando con mis chaquetas mentales, pero siento que faltaba a propósito. Porque estaba ahí arriba, en gigante, en forma de estatua: tocando la flauta, pidiéndole al sol y a la lluvia por su tierra, por Papantla. (Y la neta, creer que esto fue intencional lo hace mucho más épico.) Amo México.



**La estatua completaba el mural. Y también completaba el poema.**



No sé si Papantla se volvió más fértil gracias a eso. Pero sí había un chingo de niños por todos lados. Entonces para algo funcionó.

Al final nos fuimos por unas cervezas, a ver qué souvenir nos comprábamos, y nos lanzamos de regreso para evitar el tráfico. Sabiendo que todo México traía ese mismo plan.



Dale clic para ver el video



carabez.zepeda@gmail.com